

## CAPITULO XIX

**El vestido blanco.--Una noche en el teatro.  
La belleza y la gracia.--El conde San-  
turce.--Casamiento de Paulina.**

## I

Quince años cumplia Clemencia cuando su madre la llevó por primera vez al teatro.

Paulina, que sólo contaba diez, estaba algo indispuesta y se quedó en casa con su padre.

Aunque las dos niñas contaban tan pocos años, ya formaban el contraste más perfecto.

Clemencia, cuya estatura estaba poco desarrollada, ostentaba toda la inocencia de su edad y toda la bondad y tímida modestia que imprimen el no tener jamás voluntad propia.

Paulina, cuyos medros eran excesivos, tenia la misma talla que su hermana, y ese coquetismo trivial é insoportable de la niña que quiere figurar mucho ántes de una época razonable.

La soledad habiã obligado á la pobre Clemencia

á buscar su distraccion en la lectura, en el dibujo y en la música: quedábase en casa todas las noches que su madre y hermana salian, porque Paulina asistia al teatro y á las reuniones, como si ya fuera una señorita cuya educacion estuviera completamente terminada, y cuya edad la llamase á hacer papel en el mundo.

Clemencia y su padre quedaban, pues, solos en casa y en la habitacion de este último: el anciano se recostaba en un sillón, y Clemencia tocaba un rato el piano y otro rato leia para distraer el aislamiento de su padre y el suyo propio.

La noche que la señora de Cervera abria á sus amigos su lindo salón y les daba un agradable té, continuaba para el padre y la hija la misma soledad, no queria hacer ante los concurrentes el papel que le habia reservado su esposa; y en cuanto á Clemencia, preferia quedarse á su lado para hacerle compañía.

En la noche de que hablé al empezar este capítulo, la señora de Cervera llevaba al teatro á su hija mayor, porque de otro modo, estando Paulina indispuesta, hubiera tenido que renunciar á la primera representacion de un drama, que hubiera sentido perder, en atencion á ser la obra de un autor acreditado.

No bien la señora de Cervera y Clemencia salieron de casa, entró Paulina en la habitacion de su padre.

—Hija mia, dijo el anciano, leeme un poco en

ese libro en que acostumbra hacerlo tu hermana.

—No puedo leer, papá, respondió la niña sencamente.

—Porqué?

—Por que estoy de muy mal humor: figúrate que, además de tenerme que quedar en casa por mi dolor de cabeza, ha puesto mamá á Clemencia un vestido mio.

—¡Un vestido tuyo!

—¡Sí, sí! El peor, es verdad, el blanco de muselina lisa que me hicieron poco há; ¡pero al fin era nuevo!

—Pues qué, ¿no tiene Clemencia vestidos? exclamó el pobre padre asombrado á pesar de su aparente inercia.

—Tiene algunos trajes de casa. . . oscuros y muy feos. . . ¡como nunca sale! . . . pero desde hoy tendrá uno más, porque yo no me vuelvo á poner el que lleva.

—Niña, ¿y por qué?

—Porque me habrá ensanchado el talle cuatro dedos! ¡bonito estará ya!

—Perdone usted, señorita, dijo una doncella que servia el té en un veladorcito al coronel y á Paulina: yo misma he tenido que entrar lo menos un dedo todas las costuras del cuerpo del vestido: la señorita Clemencia tiene un talle tan lindo y tan gracioso que jamás lo hubiera creído.

—¡Vete y llévate el té! gritó la niña terriblemente contrariada: ese calor me aumenta el

dolor de cabeza.

—Vamos, tiene el mismo carácter que su madre, murmuró el coronel: ¡nunca ha podido sufrir que otra persona valga más que ella!

## II

El Teatro Español, adonde aquella noche se dirigieron la señora de Cervera y su hija, estaba lleno de una concurrencia escogida.

Ocupaban los palcos las más hermosas mujeres de la sociedad elegante, cubiertas de lazos, de encajes, de pedrería y de flores.

Al terminarse la sinfonía se abrió con estrépito un palco bajo, y la señora de Cervera apareció en él pomposamente, movió las sillas, dió á uno de los caballeros que la seguian su abrigo blanco, tomó de las manos de otro la caja de sus gemelos, volvió á empujar las sillas y se sentó en una de espaldas del escenario.

Entretanto Clemencia se habia despojado modestamente de su pañolon de merino blanco y le habia colocado con esmero en el respaldo de su silla; porque aquel pañuelo le habia sido prestado por su madre al reparar ésta, por la primera vez, en que no tenia su hija para abrigarse más que un raído capotillo negro.

En cambio Paulina tenia abrigos de todas clases, formas y colores.

Al oír el estruendo producido por la esposa del coronel, todos los gemelos se fijaron en su palco y forzoso es confesarlo, durante largo rato permanecieron clavados en él con rara insistencia y sin hacer caso del drama que se estrenaba.

Verdad es que la señora de Cervera y su hija formaban el más extraño contraste.

Llevaba la primera un traje de raso azul de cielo, con volantes de encaje blanco de infima calidad: entre sus cabellos canos y teñidos de un negro lustroso, campeaban dos grandes alfileres y una diadema de piedras falsas. Componíase su peinado de multitud de rizos y de trenzas postizas: llevaba guantes blancos de piel, muy cortos, que dejaban al descubierto sus flacos y morenos brazos, y un enorme ramillete de flores artificiales.

Clemencia tenía puesto el traje de su hermana: su gracioso talle estaba libre de toda sujecion, pues á pesar de haber estrechado el cuerpo del vestido, le estaba muy flojo todavía. El peluquero que arregló sus cabellos, y que era el mismo que había peinado á su madre, quiso mostrar todo su gusto y habilidad en la cabeza de Clemencia: advertido por ésta de que ningun adorno había de llevar rizó su rica cabellera, formando con ella gruesos y lustrosos bucles que rodeaban su frente y sus mejillas, y acariciaban sus hombros y el nacimiento de su blanca espalda.

Todo su traje lo componía un vestido blanco enteramente liso. Todo su adorno consistía en sus cabellos. En su rostro no había belleza, y sin embargo, Clemencia fijaba la atención general.

—¿Quién es esa jovencita tan graciosa? preguntaba en las butacas un joven á un amigo suyo.

—No lo sé, no la he visto hasta hoy; pero debe ser hija de esa vieja loca que está con ella, la coronela Cervera.

—¡Esa niña es encantadora! Se descubre en ella un sello de gracia tan exquisita y tanta distincion, que vale mucho más que si fuera hermosa. ¿Será rica?

—No por cierto: su padre tenía alguna hacienda además de su retiro, pero la coronela lo ha vendido ya todo para comprarse galas y comprarlas á otra niña que tiene, y que es la que la acompaña siempre.

—¿Vale tanto como su hermana?

—Es ya una belleza deslumbradora.

Clemencia nada de esto oía: atenta completamente al drama, cuando abandonó el teatro ni aun se apercibió siquiera del efecto que había producido.

### III

Desde aquel día se supo que el coronel Cervera tenía dos hijas en vez de una; pero á pesar

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de la belleza de Paulina, á pesar del empeño de su madre en realzarla á costa de Clemencia, todas las miradas se fijaban en ésta cuando aparecía al lado de su hermana.

El trascurso del tiempo aumentó lo que la cononela llamaba *extravagancia del mundo*: la hermosura de Paulina se veía tanto en todas partes, que todos se acostumbraban á ella, al paso que Clemencia tenía el privilegio de llamar la atención general por lo poco que aparecía en público.

Porque habeis de saber, lectoras mias, que por más completa que sea vuestra hermosura, por más que esteis dotadas de todas las perfecciones, si asistís á todas las fiestas, á todos los espectáculos, si os poneis constantemente en público, concluirán todos por hastiarse de veros, y por no reparar siquiera en vuestra presencia.

La reserva, que es uno de los más bellos atributos de la mujer, aconseja tambien que ésta viva, desde su más tierna edad, entre las paredes de su casa: sólo así puede hallar la verdadera felicidad; sólo así puede alimentar su entendimiento y su corazón, sólo así puede tener tranquila su conciencia, porque los deberes que imponen á una mujer una casa bien adornada y una familia feliz son muchos, y mal los cumplirá la que dedica al mundo y á los placeres todo su tiempo. Por el contrario, sin más que tener una figura regular y gracia para vestiros causaréis más efecto cuando os presenteis en público si esto lo ha-

ceis pocas veces: vuestras gracias parecerán mayores cuanto más nuevas sean, y llamareis más la atención de todos que aquellas bellezas perfectas que sólo se ocupan de lucir en todas partes.

La señora de Cervera instaba mucho á Clemencia para que las acompañase á las reuniones, á los paseos, á los teatros; pero ésta se excusaba siempre con su poca afición y se quedaba junto á su padre bordando ó leyéndole en voz alta.

Clemencia poseía una rara habilidad para todas las labores de su sexo: además, tocaba el piano con admirable perfección, dibujaba con gusto y maestría, cantaba como un ángel y sabía el francés y el italiano. Y todo esto se lo había aprendido sola, sin más auxilio que el de algunos libros hallados en el gabinete de su padre, ó prestados por una amiga de su edad, que los había deshechado ya por viejos.

Cuando se veía precisada á presentarse en sociedad, su atavío era excesivamente modesto, porque sabiendo los apuros que cada día iban asediando su casa, no se atrevía á pedir nada á su madre para su adorno; no ignoraba que ésta había gastado con Paulina todo cuanto poseían y que apenas podían ya contar con pasar el resto de sus días al abrigo de la miseria.

Mas, á pesar de tanta sencillez, bien pronto se vió olvidada Paulina al lado de su hermana: su frívola conversacion, lo vacío de su espíritu y de su cabeza, hacian que su trato fatigase á las

personas sensatas; no entendia más conversaciones que aquellas en que se trataba de bailes, de modas ó de aventuras galantes; y su educacion habia sido tan descuidada, que ni aun le habian enseñado que hay ocasiones en las cuales debe una jóven hacer entender, con su silencio, que no comprende de qué se habla.

## IV

Los triunfos de Clemencia ahogaron en el alma egoista de su hermana la afecion que le profesaba cuando aquella permanecia oscurecida é inofensiva.

No obstante, Clemencia seguia siendo la modista perpetua de su madre y de su hermana; todos los objetos bordados que usaban en su atavío eran obra de aquella amable jóven, cada mañana entraba en el elegante tocador de Paulina y peinaba con el mayor esmero y primor sus herinosos y abundantes cabellos negros; y luego hacia ella su propio tocado en su humilde cuartito y delante de un pobre espejillo que tenia un palmo en cuadro.

Nada de esto desarmaba á Paulina, ántes bien la irritaba cada día más.

Los culpables no admiran la dulce y celestial virtud. Léjos de suceder esto, despiértase su envidia y su encono contra los que la poseen.

Un nuevo accidente vino á poner el colmo á la ruin animosidad de Paulina.

Clemencia que habia deshechado diferentes proposiciones de matrimonio, sin decir nada á su familia, inspiró á un gallardo jóven una pasion tan violenta, que no pudo pasar desapercibida como las otras.

Clemencia, á la verdad, justificaba aquel extremado cariño: acababa de cumplir veintidos años y jamás mujer más graciosa y encantadora ha fijado las miradas de la sociedad; no era ciertamente tan bella como Paulina y aun le faltaba mucho para ser linda; pero habia en torno suyo tal perfume de elegancia y delicadeza; era tan dulce y espiritual; llevaban todos sus movimientos el sello de una gracia tan exquisita; eran tan elocuentes sus grandes ojos azules, tan hermosos sus cabellos castaños, tan agradable su sonrisa, tan precioso su talle, tan delicadas sus manos, tan pequeños sus piés, y estaba tan noblemente lleno de atractivos su conjunto todo, que era imposible verla y no amarla.

Clemencia imperaba á un tiempo mismo sobre el corazon y sobre la cabeza de las personas que la trataban; subyugaba á la vez el alma, los sentidos y el espíritu de los que tenia en torno suyo, y era, en fin, uno de esos seres nacidos para inspirar las volcánicas pasiones que jamás ha podido hacer nacer la belleza más perfecta, y que ésta no sabria hacer durables, aunque le fuera dado encenderlas.

El hombre que tan violentamente se apasionó de aquella joven era, en verdad, el único que hubiera podido hacer latir de amor su corazón. Reunía á las ventajas de un brillante nacimiento, todos los atractivos de una belleza varonil; á los dotes de la inteligencia, las más esclarecidas cualidades del alma y las más hermosas prendas del corazón; y al amor más intenso, la más rara estimación por las excelentes virtudes de Clemencia; pero ésta rehusó su cariño como ya había rehusado otros muchos: sólo que esta vez dió razones que anteriormente no había dado.

Dijo que su padre, enfermo y aislado, necesitaba de su asistencia; que su madre estaba atacada de un padecimiento á la vista que ella misma no conocía, y que, siendo muy probable que Paulina se casase ántes de pasar mucho tiempo, debía ella permanecer libre para cuidar á sus padres.

—Ellos lo serán míos, repuso el conde de Santurce, que éste era el enamorado joven: vivirán con nosotros y todo les sobraré.

—Les faltaría mi tiempo y la parte mejor de mi cariño, que serian para mi esposo, contestó Clemencia con tristísima, pero dulce sonrisa; además, usted tiene madre y hermanas, amigo mio, y aunque yo estoy cierta de que sabría complacerlas, estoy segura tambien de que mis pobres padres, sólo serán, dentro de poco, agradables á mis ojos y amados de mi corazón.

El conde no insistió; pero corrió á pedir la mano de Clemencia á sus padres.

El coronel se encogió de hombros con indiferencia: los años habian trocado su debilidad de carácter en un completo egoismo.

En cuanto á la señora de Cervera, oyó con disgusto la petición matrimonial: su ídolo era Paulina y en su falta de tacto se atrevió á insinuar al conde que más feliz seria con la *hermosura* de su hija menor, que con la *figura insignificante* de Clemencia.

El conde salió desesperado. Tres dias despues partió para París, no sin dirigir ántes una amarga carta á Clemencia, dándole un irónico parabien por los padres que le habia concedido el cielo, y por los cuales se sacrificaba.

## V

Desde que despidió al conde de Santurce, Clemencia se retiró absolutamente de la sociedad. Pasaba al lado de su padre, ó sola en su cuarto meses enteros trabajando en obras prolijas de bordado y de pintura, que luego guardaba cuidadosamente, y empleando algunas horas del dia en leer ó cantar, acompañándose en el piano.

Ni su padre ni su hermana sabian de ella, ni la veian apénas.

La señora de Cervera se ocupaba en derrochar los últimos restos de su caudal, y Paulina en lucir su belleza, que, forzoso es confesarlo, era cada dia más deslumbradora, sin que bastasen á empañarla las noches sin sueño pasadas en los bailes.

Así trascurrieron tres años: al fin de ellos, un elegante jóven, secretario de una legacion extranjera, vió á Paulina en una *soirée*, se hizo presentar en su casa, y despues de un mes de galanteos pidió su mano, que le fué concedida con loca alegría por la señora de Cervera, y con extrema indiferencia por parte del coronel.

Otro mes habia pasado cuando Clemencia dejó una mañana su lecho al rayar el alba, y entró en la habitación de su hermana para adornar su frente con la corona nupcial.

Paulina abrazó llorando á su hermana, y le suplicó que le perdonase su desvío y su injusticia pasada, pues no queria ir al altar con tan cruel remordimiento.

Clemencia se lo otorgó llenándola de caricias, y empezó á ataviarla con un magnífico traje, extendido en el divan de seda azul que rodeaba el tocador.

Aquel traje agotó los últimos recursos de los señores de Cervera, y eso que el régio aderezo de diamantes que debia ostentar Paulina, ha-

bia sido regalado por su novio.

Los desposados y sus padres fueron al templo en una soberbia carretela azul, tirada por caballos blancos y forrada de raso de este mismo color.

Clemencia se envolvió en una mantilla espesa, y presenció, oculta por un pilar la ceremonia; desde que despidió al conde, vestia hábito negro de la Soledad, y nadie oyó los sollozos que alzaban el pecho de aquella enlutada figura.

¡El amor filial, por fuerte que fuese, no podia sofocar los recuerdos de su perdida dicha!

Al salir de la iglesia volvió la comitiva en casa del señor Cervera, y despues de un suntuoso almuerzo, cambió Paulina de traje y se dirigió con su esposo á tomar el elegante coche de camino que les aguardaba en la puerta, pues el jóven diplomático tenia licencia para ir á pasar la luna de miel á su pais natal.

Paulina no derramó ni una lágrima siquiera al dejar á sus padres; pero no hay en esto nada de extraño, pues sabido es que los hijos sólo aman á los autores de sus dias, cuando éstos llenan debidamente su sagrada mision.

Únicamente al abrazar á Clemencia se llenaron de llanto los ojos de la jóven desposada. ¡Ya no habia envidia que las dividiese! ¡Paulina veia un horizonte de dicha! ¡Clemencia quedaba en la desgracia!

Aquella estrechó á ésta convulsivamente con-

tra su blanco seno, y murmuró en su oído:  
 —¡Reza por mí!  
 Luego subió con su esposo al carruaje que  
 partió al trote.

---

## CAPITULO XX

**La mano de Dios.--El trabajo.--Para lo que  
 sirven las habilidades.--El ramo de flo-  
 res y la paloma.**

### I

Cinco años después de la boda de Paulina, y en un callejoncillo sin salida situado en uno de los barrios más solitarios de la corte, se veía una casa húmeda, triste é iluminada solamente por dos ventanitas muy bajas y angostas

Conocíase, sin embargo, que aquella casa estaba habitada por una mujer, y por una mujer joven, por cierto no sé que de pudoroso y encantador que sobresalía en medio de su fealdad.

Cubrían los emplomados, pero limpios vidrios de ambas ventanas, unas cortinillas de blanca muselina, cuyos pliegues estaban graciosamente recogidos con lazos de cinta de color de rosa.

En cada antepecho se veía una maceta de ba-